

Entre los que rechazan el domingo no veo á nadie que tenga su dia predilecto. Se tomará entre los demás dias el que se quiera; pero no se quiere dar un privilegio al domingo.

¿Y por qué?

En ello no puede haber más que una de estas dos razones: la eleccion del domingo agrada á los católicos; la eleccion del domingo parecería un acto de sumision, ó cuando ménos de deferencia hácia el catolicismo.

Me tomo la libertad de decir á los que se preocupan con ambas razones, que tan nécia es la una como la otra.

Un hombre de buen sentido, evidentemente se complacería en agradecer á los católicos, sobre todo, si eso no le costaba nada. Y no solamente no le costaría nada, sino que eso sería agradable para él mismo, aun cuando fuese el más irreconciliable enemigo del catolicismo. Para guardar como festivo cualquiera otro dia que no sea el domingo, habrá que renunciar á una costumbre veinte veces secular, trasformar absolutamente el método de vida, hacer el dia del descanso doblemente insupportable para los que descansan solos y para los que solos trabajan, y crear innumerables dificultades para la designacion del dia de descanso: ¿quién le señalará en las fábricas? ¿El amo ó los obreros? En fin, trasformar todas las administraciones públicas que, hasta el presente, guardan el domingo. Y no digo la razon más grande, que es el dia de asueto de los niños. ¿Qué será de ellos y qué de vosotros mismos si

el dia de asueto no es el mismo en la escuela? Hay, pues, mil razones para guardar el domingo.

Os ruego que penseis un poco en el inmenso ridículo de que se cubre un pueblo que hace una ley, y semejante ley, únicamente para molestar á los católicos.

Y reflexionad en la singularidad de un pueblo católico que da por razon de sus determinaciones la voluntad de herir y ultrajar á los católicos!

Si en lugar de rechazar el domingo por molestar á los católicos, lo rechazais por no obedecerles, yo os pregunto de qué teneis miedo? ¿Es de obedecerles ó simplemente de parecer que así lo haceis? En el primer caso estais muy poco seguros de vuestra voluntad, y en el segundo estais muy poco seguros de vuestra dignidad.

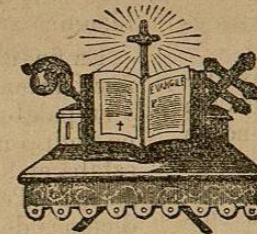
Por lo demás, haced las leyes que querais; no vemos en eso otro inconveniente que el de habituar al pueblo á no hacer caso de la ley.

La tercera república no es más poderosa que la primera. Y cuando ésta quiso obligarnos, bajo pena de muerte, á aguardar el *décadi* y trabajar el domingo, nos burlamos perfectamente de ella.

Pero no os remonteis tan alto. Hace ocho años, querias abolir el matrimonio y los entierros religiosos. Hacíais vuestros discursos mas hermosos para lanzar el anatema sobre los pobres de espíritu que se casaban en la Iglesia y que por la Iglesia se hacían enterrar. Hoy, mi escritorio está cubierto de cartas de *montañeses* que me invitan á concurrir á su cortejo fúnebre, oficios de difuntos y entierro.

# COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. JESUS BERRUERO.

TOM. VI.

GUADALAJARA, ABRIL 22 DE 1891.

NUM. 56.

## SECCION I.

### DISCURSO

#### DE SU SANTIDAD EL SR. LEON XIII

Al Sacro-Colegio de Cardenales,

EN LA AUDIENCIA SOLEMNE

DEL 2 DE MARZO.

Otro año de Pontificado se ha cumplido para Nos en estos dias. Ha transcurrido tambien en medio de solicitudes y de amarguras muy graves á consecuencia de contrariedades de todo género, suscitadas en todas partes contra la Iglesia. En cuanto al año que comienza, si la Bondad divina nos concede vida, Nos no sabemos lo que traerá; pero las condiciones actuales de la sociedad humana nos hacen presentir que será fecundo en nuevas tribulaciones.

Nos recibimos como oportunos y altamente gratos los votos que por Nos eleva hácia Dios el Sacro-Colegio de Cardenales segun acaba de manifestar á Nos por órgano de su decano. Lo que aumenta á nuestros ojos el valor de esos votos y la satisfaccion que experimenta nuestro corazon es que los habeis confiado á la poderosa intervencion del Pontífice San Gregorio el Grande, una vez que el 13.º centenario de su eleccion

revivan y sean ilustrados los hechos de ese memorable pontificado.

Léjos de Nos la sombra de pensamiento alguno que mirara á establecer la más lejana comparacion con un Pontífice tan grande por tantos títulos. Su grandeza no puede ser para Nos sino un estímulo para seguir desde lejos sus espléndidos ejemplos.

Los tiempos, sin embargo, se parecen en muchas cosas, y es útil sacar de esta semejanza enseñanzas y confortantes para las necesidades y males de nuestra época.

Entonces como ahora, la Iglesia y el Pontificado fueron combatidos por enemigos encarnizados. Los lombardos y los bárbaros tentaron durante mucho tiempo la paciencia y la constancia de San Gregorio; pero tal vez experimentó más sensibles sufrimientos con el hecho de otros enemigos interiores, menos feroces que los bárbaros, pero más perniciosos y más astutos. Los bárbaros, en suma, á la predicacion evangélica, perdiendo su ferocidad nativa, se suavizaron, se convirtieron á la fé y adoptaron sentimientos cristianos y costumbres civilizadas.

Por el contrario, los enemigos interiores, en plena luz de la verdad, permanecieron ciegos, hostiles al Papa y rebeldes á la Iglesia.

En nuestros dias, el número de estos enemigos es mayor que nunca; por lo mismo que es más refinada su malicia, es más implacable su odio; pero sus malvados artificios, sus emboscadas, sus asaltos, no prevalecerán contra la roca

beralidad de Dios para con la Iglesia, su obra predilecta, ha ido mucho más lejos y es crecido el número de Papas dotados de especialísimos dones de la naturaleza y de la gracia, que se han sentado en la augusta cátedra del Pescador de Galilea, y que de maravillosa manera han satisfecho las necesidades de los tiempos en que les fué dado gobernar la sociedad cristiana. Uno de esos Papas providenciales, uno de los más relucientes eslabones de la dilatada cadena de los Soberanos Pontífices, es el que actualmente dirige los destinos de la Iglesia, como lo manifiestan las circunstancias que atravesamos y la manera con que ha correspondido á ellas el sapientísimo Leon XIII.

La más somera reflexion basta para comprender cuán deplorable sea la época que nos ha cabido en suerte y cuán terribles males aflijen en ella á la Iglesia. Desde hace un siglo sobre todo el espíritu del mal está empeñado en hacer cruda guerra á las verdades más fundamentales y á los principios tutelares del orden social. Merced á esa cruda y porfiada guerra, las tinieblas nos circundan por todas partes, y se difunden y propagan las doctrinas y las costumbres más perniciosas. De allí el indiferentismo religioso, que como gangrena corroe á la sociedad; de allí el materialismo que resucita los vicios paganos; de allí la relegacion de Dios de la sociedad; de allí el divorcio sistemático de los Gobiernos de la Iglesia; de allí, en fin, tantos otros errores é instituciones, que ponen á los pueblos en el borde del abismo y les labran la ruina. Para colmo de todos estos males, la re-

volucion se entroniza en Roma, donde continúa hasta ahora; la capital del mundo cristiano llega á ser la sede de todos los errores y de todos los vicios, como era en tiempo del paganismo, y el Vicario de Cristo, prisionero en el Vaticano, carece de libertad para desempeñar el sublime ministerio que le está confiado.

Pues ¿qué hace Leon XIII elevado al sòlio pontificio en tan difíciles tiempos y cuando la tormenta se presenta tan amenazante y parece sumergir en el mar proceloso de los errores y de los vicios á la misteriosa nave de la Iglesia? Bien comprende la magnitud de los peligros que le circundan por todas partes, y penetrado de que todo debe esperar del cielo, invoca á Dios é invita á los fieles, una y muchas veces, á orar y clamar por intercesion de aquella que en tantas ocasiones ha disipado las tempestades y restituido la paz á la sociedad cristiana. Pero el gran Pontífice sabe que no basta orar, y que generalmente el auxilio extraordinario de la Providencia sòlo se deja sentir cuando ya se han agotado las fuerzas humanas; por eso al mismo tiempo que ora é invita á orar sin cesar, pone manos á la obra, trabaja con asiduo empeño, y procura dirigir los sucesos hácia un porvenir más halagüeño; valiéndose de todos los recursos que es capaz de columbrar su poderosa inteligencia y de tentar su exquisita sagacidad.

Como acabamos de indicarlo, uno de los males más graves de nuestra época y semillero fecundo de innumerables otros, es la relegacion de Dios de la sociedad, el divorcio de los Gobiernos de la Iglesia. Este divor-

cio ó separacion habia llegado á ser, al advenimiento del actual Papa, una verdadera hostilidad de todos ó casi todos los poderes civiles contra la Iglesia, que rechazaban cuantas enseñanzas, mandatos é insinuaciones provenían de la Santa Sede. Pues Leon XIII se propuso conjurar tan gran calamidad, y, desprovisto de toda clase de recursos humanos, intenta, como su grande objeto, nada menos que atraer á sí ó hacer menos hostiles á los Gobiernos que le eran desafectos ó enemigos. La empresa no podía ser más árdua y á muchos pareció temeridad ó locura. Sea lo que quiera, es lo cierto que, á la vuelta de algun tiempo y merced á bien combinados esfuerzos, el Papa comenzó á ser estimado en las cortes y en los consejos de los Gobiernos; en seguida, ha obtenido no uno sino muchos triunfos diplomáticos; todavía ha merecido ser nombrado árbitro para decidir cuestiones internacionales entre naciones de primer orden, y, por último, las manifestaciones generales, que de parte de los Gobiernos y de los pueblos recibió con motivo de su jubileo sacerdotal, vinieron á vindicar su sabia política y mostrar los grandes resultados conseguidos por ella.

Pero la relegacion de Dios de la sociedad, la hostilidad de los poderes civiles contra la Iglesia, que lamentamos en nuestra época, nacen de las tinieblas que nos circundan por todas partes, suscitadas por el espíritu del mal, que, como decíamos ántes, desde un siglo atrás sobre todo, hace la más cruda guerra á las verdades más fundamentales y á los principios tutelares del orden so-

cial. Era, pues, preciso, disipar esas tinieblas y hacer la luz en tan oscuro caos; á este fin han sido encaminadas las numerosas y notabilísimas Encíclicas de Leon XIII, que han producido maravillosos efectos y han tenido incomparable resonancia en el mundo entero. En estos sapientísimos documentos el gran Papa, con singular maestría, ora señala la norma de los estudios y de la instruccion de la juventud, ora defiende la santidad del matrimonio, base de la sociedad civil; ya ataca los errores socialistas tan divulgados en nuestros tiempos; ya desenmascara á la francmasonería, que se esfuerza por concluir con todo orden; ya, en fin, establece los sólidos fundamentos en que debe descansar la sociedad para que pueda hacer la felicidad de los pueblos y de las naciones.

Por lo demás, no podemos apuntar aquí, ni aunque sea someramente, cuánto ha hecho el Pontífice que actualmente gobierna la Iglesia por la propagacion del catolicismo, por el fomento de la piedad, por la gloria del nombre cristiano, por la reforma de las costumbres, por la union de todos los católicos y por innumerables otras cosas encomendadas á su solicitud.

Lo verdaderamente admirable es que tales obras las ha realizado, á pesar de ser combatido sin cesar por furiosos enemigos y de apurar el cáliz de la amargura en la prision del Vaticano. En el terreno mismo de la restitution del poder temporal, tan necesario para que el Jefe de la Iglesia pueda gozar de libertad, los incansantes esfuerzos de Leon XIII

sobre la cual está divinamente fundada la Iglesia, y hoy ésta saldrá salva y victoriosa de la lucha áspera que contra ella se mantiene.

Por lo demás, á pesar de los más violentos enemigos y de las dificultades sin número de su pontificado tan lleno de pruebas, San Gregorio estaba lleno de solicitud por todos los pueblos de la tierra, y mientras que prodigaba sus cuidados en el Oriente para conservar allí íntegramente la fe y sólidamente la union con la Iglesia de Roma, centro de todas las demás, enviaba á Inglaterra hombres apostólicos para enriquecerla con los beneficios de la fé, que hicieron en efecto, de dicha nacion, la tierra de los santos.

A ejemplo de tan gran Pontífice, Nos llevamos tambien Nuestro más vivo interés á las Ilustres Iglesias de Oriente á fin de que uniéndose estrechamente al centro de la unidad católica, florezcan con una vida nueva. Nos, tambien por los votos más ardientes de Nuestro Corazon anhelamos el momento en que los consoladores progresos de la fé católica en Inglaterra lleguen al término deseado.

San Gregorio fué por otra parte la salvacion de Roma, la ayuda del pueblo. Del mismo modo que la inmortal figura de San Leon el Grande había hecho retroceder sobre el Mincio á Atila, azote de Dios, así tambien la majestad y la palabra de San Gregorio hicieron que se retirase hasta el Tesino á Aguilulfo y sus gentes, que despues de haber sembrado en su derredor la desastrosa devastacion y ruina, estaban á punto de entrar al asalto de la Ciudad Eterna. Y en cuanto al pueblo italiano, casi abandonado por los Emperadores de Bizancio, y torturado por sus representantes, Gregorio tomó constantemente su defensa y patrocinó á los agraviados y se opuso á los opresores, proveyó y estimuló á los Obispos italianos á hacer otro tanto. Así la historia misma de estos tiempos confirma luminosamente lo que Nos no hemos dejado de repetir á Italia, á saber: que la Iglesia y los Papas son sus más insignes bienhechores, y que com-

batirlos, y tratarlos como enemigos, es no solamente una impiedad, sino tambien una verdadera *locura política*.

En fin, como lo habeis recordado, señor Cardenal, San Gregorio, por su obra y su palabra, se opuso á la esclavitud y no omitió ningun sacrificio, en tanto que estaba en su mano, la libertad á los esclavos. Pero, bajo este aspecto, las condiciones de nuestro tiempo son mejores: la lucha contra la esclavitud halla el mayor favor; príncipes y Gobiernos están empeñados en ella. En cuanto á Nos, que en tiempos de Nuestro Jubileo Sacerdotal, hemos estimulado, mediante Cartas encíclicas, el proyecto de dar la libertad á los esclavos del Brasil, Nos no hemos omitido nada para hacer triunfar, especialmente en Africa, esa gran obra de la fé y de la civilizacion. La accion de la Iglesia, educadora y civilizadora por excelencia, es indispensable para el éxito. Es en vano que se quiera abolir la trata de esclavos y su condicion servil, si los espíritus y las costumbres permanecen bárbaros. Por esto los misioneros católicos tienen sobre este terreno su mision principal y casi privilegiada.

Ellos deberán acudir de todas las naciones, y es de desear grandemente que el favor y la ayuda de los Gobiernos respectivos no les falten. Felices sean los que presten esa ayuda y estén dispuestos á prestarla.

En cuanto á Nos, si el Señor, en su bondad nos permite llegar á Nuestro Jubileo Episcopal, los recursos que con esta ocasion la generosidad de los católicos pusiere en nuestras manos, los destinaremos en gran parte á tan nobilísimo objeto.

En efecto, esto está en admirable acuerdo con la propia y divina mision de la Iglesia, que consiste en propagar sobre la tierra el reinado de Jesucristo y hacer gustar el fruto de la Redencion á todos aquellos que viven en las tinieblas y en las sombras de la muerte.

En esta esperanza renovamos al Sacro-Colegio nuestra satisfaccion, y de lo íntimo del alma concedemos la bendicion

apostólica á todos sus miembros y á todos los aquí presentes.

### SECCION III.—VARIEDADES.

#### XIII ANIVERSARIO

DE LA

## CORONACION

De N. S. P. Leon XIII.

Trece años hace que Leon XIII ocupa la Sagrada Càtedra de Pedro, que ciñó sus sienes con la triple corona del Pontífice, como maestro, legislador y juez de la Iglesia Católica, esparcida en el mundo entero. La magnificencia y solemnidad acostumbradas en los pasados años, no fueron las mismas en esta ocasion solemne, á causa de estar la Ciudad Eterna ocupada por el usurpador extranjero que hasta ahora la posee. Mas no por eso dejó de sellar los derechos del Gerarca Supremo de la Iglesia, así en el dominio espiritual, como en el temporal, que providencialmente le ha sido otorgado para el desempeño de sus sublimes funciones pastorales.

Y bien, cuando, volviendo los ojos trece años atrás, recordamos la elevacion del que ántes se llamaba Joaquin Pecci y despues se ha llamado Leon XIII, á la Càtedra de San Pedro, imposible es no reconocer la mano de Dios en los acontecimientos humanos, y cómo burlando los cálculos y las previsiones de los impíos, dispone todas las cosas para el mayor bien y más espléndido triun-

fo de la Iglesia. A nadie se oculta cuánta acerbidad había tomado la lucha contra el catolicismo en los últimos años del Pontificado anterior.

Envalentonados con sus triunfos los revolucionarios, imaginaron que la ruina del poder temporal de los Papas, que suponían y suponen aún consumada, traería consigo la ruina de su poder espiritual; de donde aguardaban ver pronto rota y para siempre la cadena de sucesores de San Pedro, primer Vicario de Jesucristo en la tierra. El desencanto de los enemigos del catolicismo no pudo ser mayor, cuando, apenas muerto el gran Pío IX, ya el cónclave de cardenales reunido, con una celeridad admirable, le daba sucesor, eligiendo al actual Pontífice, conforme á todas las prescripciones canónicas, en veinte de Febrero de mil ochocientos setenta y ocho, y coronándole el tres del siguiente mes, con aplauso general y gran júbilo del mundo católico.

Pero la victoria de la Iglesia esta vez no ha consistido sólo en que, lejos de romperse la cadena de sus supremos jefes, como imaginaban los adversarios del catolicismo, ni siquiera haya tenido que lamentar un considerable interregno, que hubiera podido acarrearle funestas consecuencias. Esa victoria se cifra toda en que ya por trece años dirige la misteriosa nave uno de los más diestros pilotos que ha tenido en la serie de los siglos. Por sí sola es sin duda admirable y propia para manifestar el apoyo divino en que descansa la dilatada y no interrumpida sucesion de Soberanos Pontífices en el sòlio de San Pedro, durante ya cerca de dos mil años. Mas la li-